

Ismael Pinto Vargas

Antología de Moquegua



FUNDACIÓN

M. J. Bustamante de la Fuente

Lima - Perú

ISMAEL PINTO VARGAS

ANTOLOGÍA DE MOQUEGUA

*Las ciudades existen no sólo en
la geografía sino en el espíritu.*

RAÚL PORRAS B.

LIMA - PERU

AÑO 2014

FUNDACIÓN

Manuel J. Bustamante de la Fuente

Antología de Moquegua

© Ismael Pinto Vargas

De esta edición:

© Fundación Manuel J. Bustamante De la Fuente
Francisco Masías N° 370 San Isidro
Telf. (51-1) 422-5258
correo-e: fundacionbustamante@lapositiva.com.pe

Primera edición: Lima, setiembre 2014

Tiraje: 1,000 ejemplares

Edición a cargo de: *Ileana Vegas de Cáceres*

Fotografía: *Manuel Figari*

Foto carátula: *Casa del Conde de Alastaya*

ISBN: 978-612-46700-1-5

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2014-14030

Diseño e impresión: Tarea Asociación Gráfica Educativa

Psje. María Auxiliadora 156-164, Breña

Impreso en Perú / Printed in Perú

Prohibida la reproducción total o parcial de las características gráficas de este libro por cualquier medio sin permiso de los editores.

CONTENIDO

Presentación	13
Agradecimiento	15
Explicación	17
Paisaje	19
Fundación Inca	23
Los pueblos de Cuchuna y Moquehua	
<i>Garcilaso Inca de la Vega (1539 – 1616)</i>	25
La Provincia de Cochuna	
<i>Jorge Juan y Antonio Ulloa</i>	29
Fundación y Noticia Española	31
Corregimiento de Moquegua	
<i>Garcilaso Inca de la Vega</i>	33
Noticia	
<i>Juan Antonio Montenegro y Ulbalde (1782 – 1854)</i>	35
La Reventazón del volcán Huaynaputina	
<i>Simón Pérez de Torres</i>	41
La insolencia del liberto	
<i>Víctor Lino Casanova Vélez</i>	43
Los Viajeros	49
Moquegua en el Siglo XVII	
<i>Fray Antonio Vasquez de Espinoza</i>	51
Moquehua en el Siglo XVIII	
<i>François Amedee Frezier</i>	53
El Corregimiento de Moquegua	
<i>Monsieur Laporte</i>	61
Descripción de Moquehua	
<i>Cosme Bueno</i>	63

El Corregimiento de Moquegua <i>Felipe Bauzá</i>	65
Moquegua en el Siglo XIX	69
Visita a la Villa de Moquehua <i>Antonio Pereyra Y Ruiz</i>	71
Moquegua en la Independencia	75
Testimonio de un Patriota <i>Juan Isidro Quesada</i>	77
Moquegua en la República	87
La Bella Durmiente <i>Luis Alayza y Paz Soldán (1883 – 1976)</i>	89
Moquegua <i>Enrique López Albuja (1872 – 1966)</i>	93
Moquegua <i>Aurelio Miró Quesada Sosa (1907 – 1998)</i>	105
Ciudad Dormida <i>Roberto MacLean Estenós</i>	111
Vistas de Moquegua <i>Manuel Abastos (1893 – 1963)</i>	115
Moquegua en la Literatura Peruana <i>Augusto Tamayo Vargas</i>	121
Perfiles Moqueguanos	125
El Mariscal Nieto Figura Epónima de Moquegua <i>Luis Alayza y Paz Soldán</i>	127
La Valentía de Nieto <i>Félix Denegri Luna</i>	131
Semblanza de Nieto <i>Jorge Basadre</i>	139
Homenaje al Maestro <i>Attilio R. Minuto</i>	141
Procalama del Gran Mariscal <i>Don Domingo Nieto en su Lecho de Muerte</i>	143
Nieto en la Poesía <i>Ismael Pinto Vargas</i>	145
Nieto <i>Enrique Rivero Vélez</i>	153
Castilla y los Moqueguanos <i>Deán Dr. Don Juan Gualberto Valdivia (1796 – 1884)</i>	159

Elegía a Urquieta	163
<i>Víctor E. Morante</i>	
Confrontando a Urquieta	165
<i>Alfonso Pinto La Rosa</i>	
"Juventud", Mariátegui y Moquegua	173
<i>Ismael Pinto Vargas</i>	
Santa Fortunata	179
<i>Luis Kuon Cabello</i>	
Mercedes Cabello de Carbonera	183
<i>Augusto Tamayo Vargas</i>	
La Noche Triunfal de Mercedes Cabello de Carbonera	193
<i>Ismael Pinto Vargas</i>	
Influencia de la Mujer en la Civilización	201
<i>Mercedes Cabello de Carbonera</i>	
Colegio Nacional La Libertad	205
<i>Juan B. Scarsi Valdivia</i>	
Convento de Santo Domingo	211
<i>Juan Antonio Montenegro y Ubalde</i>	
Colegio de la Compañía de Jesús	215
<i>José Antonio Montenegro y Ubalde</i>	
Convento Hospitalario de la Sagrada Religión de los	219
Reverendos Padres Belemnitas	
<i>José Antonio Montenegro y Ubalde</i>	
Colegio de Propaganda Fide de Moquegua	223
<i>Fray Fernando Domínguez Ofm</i>	
El Alma de un Pueblo	227
Una Fiesta Deliciosa	229
<i>Froilán Miranda Nieto</i>	
La Fiesta de la Cruz	233
<i>Attilio R. Minuto</i>	
El Mes de Mayo	235
<i>Froilán Miranda Nieto</i>	
¡Aquí están los Moqueguanos!	237
<i>Attilio R. Minuto</i>	
Evocacion Veintiochesca	241
<i>Froilán Miranda Nieto</i>	
El Colegio de La Libertad	243
<i>Froilán Miranda Nieto</i>	
Santa Fortunata	245
<i>Froilán Miranda Nieto</i>	
Las Pedreas	249
<i>Froilán Miranda Nieto</i>	

Acuarelas	251
Al Valle de Moquegua	
<i>Juan Arguedas Prada</i>	253
Calaluna	
<i>Luis Alayza y Paz Soldán</i>	261
El Rodeo	
<i>Froilán Miranda Nieto</i>	263
La Vedimia	
<i>Attilio R. Minuto</i>	265
La Caza del Jilguero	
<i>Froilán Miranda Nieto</i>	267
Las Quiebras	
<i>Froilán Miranda Nieto</i>	269
La Damascada	
<i>Froilán Miranda Nieto</i>	271
La Trilla	
<i>Attilio R. Minuto</i>	273
El Alcalde Antonio Biondi	
<i>El Duende (Augusto H. Pinto Sotomayor)</i>	275
Ayer, Hoy Y ... Siempre	279
Ciega	
<i>Rosalía Zapata de Castro</i>	281
A mi Amiga Mercedes Cabello de Carbonera (Acróstico)	
<i>Rosalía Zapata de Castro</i>	285
La Lluvia	
<i>Attilio R. Minuto</i>	287
Confidencia. A Moquegua en la Inauguración de su Ferrocarril	
<i>Juan Arguedas Prada</i>	289
Un Día Moqueguano	
<i>Froilán Miranda Nieto</i>	293
Los Mojinetes	
<i>Luis Valcárcel Farje</i>	303
Canto a Moquegua	
<i>Amparo Baluarte (1920 – 1992)</i>	305
Los Responsos del Cura Salt	
<i>Attilio R. Minuto</i>	307
Quijotismo Moqueguano	
<i>Juan B. Scarsi Valdivia</i>	309
Yacango	
<i>Jorge Dulanto Pinillos</i>	313
La Batalla de los Ángeles	
<i>P. Rubén Vargas S. J.</i>	317

La Altivez de un Moqueguano <i>Attilio R. Minuto</i>	321
El Saco de Moquegua <i>Benjamín Vicuña Mackenna</i>	323
Bienvenida al señor Conde de Lemos <i>David Cornelio Sánchez</i>	331
A los Niños de Moquegua <i>Abraham Valdelomar</i>	333
El Primer Aeronauta Peruano <i>Armando Herrera</i>	335
El Cojo Rondón <i>Enrique López Albuja (1872 – 1996)</i>	341
Actividad Teatral en la Ciudad de Moquegua <i>Armando Herrera</i>	353
¡Esos... Esos son los Moqueguanos! <i>Attilio R. Minuto</i>	359
Moquegua <i>Miguel Ángel Fernández Dávila (1901 – 1960)</i>	361
El Colegio San Simón en la Historia del Perú <i>Ismael Pinto Vargas</i>	365
Testimonios	377
Recuerdos de Moquegua <i>Pedro Sarmiento Polo</i>	379
Una ciudad, un pueblo: Moquegua <i>Pablo Macera</i>	387
Revelación de Moquegua <i>Antonio Cisneros</i>	389
Moquegua. Tierra de Curacas <i>Franklin Pease G. Y.</i>	391
Encuentros y Reencuentros con Moquegua <i>Felix Denegrí Luna</i>	393
La Arquitectura de Moquegua <i>César Coloma Porcari</i>	397
Un Peruanismo Olvidado, en <i>Blanca Sol</i> <i>Martha Hildebrandt</i>	401
Cincuenta Años de Música <i>Manuel Acosta Ojeda</i>	405

PRESENTACIÓN

En concordancia con la línea de publicaciones que hemos venido auspiciando, como son, entre otros temas, las Antologías correspondientes a diversas regiones del país, nos complace poner en circulación la edición de la Antología de Moquegua, del historiador Ismael Pinto Vargas, investigador y difusor de su tierra natal quien con esta obra nos acerca a su gente y su entorno.

Manuel Bustamante Olivares
Presidente

AGRADECIMIENTO

Dentro del invaluable proyecto institucional de la Fundación Manuel J. Bustamante de la Fuente, de rescate y revaloración de la memoria y la *petite* historia de nuestras más antiguas y señeras ciudades, y de la publicación de puntuales antologías – Lima, Arequipa, Cuzco, Trujillo, Huamanga- que reúnen las mejores y más significativas paginas que sobre ellas se ha escrito, a la ciudad de Moquegua le ha correspondido ahora esa distinción.

Distinción que nos honra sobremanera, que nos hace la Fundación, de incluirnos dentro de ese ambicioso y hermoso proyecto. Por ello, nuestro agradecimiento muy especial a la Fundación en la persona del Presidente de su Consejo Directivo, doctor Manuel Bustamante Olivares, como de su Gerente, la doctora Ileana Vegas de Cáceres, por haber considerado a Moquegua y a nuestro trabajo dignos de integrar esa importante colección.

Raúl Porras nos recordó que las ciudades existen no solo en la geografía, sino en el espíritu. Y es más, el Maestro quería y sugería a sus alumnos provincianos que antes de dedicarse a ímprobos trabajos históricos, se ocuparan de hacer conocer y de poner en valor la historia de sus pueblos. Nosotros seguimos ese sabio consejo y de allí, y, también en su rica biblioteca nació la *Pequeña Antología de Moquegua 1540 – 1960*, tratando de seguir el luminoso camino abierto por él con la *Pequeña Antología de Lima*. Cincuenta y cuatro años después de su primera y tímida edición, y una segunda el año ochenta y siete del pasado siglo. Hoy, con algunos cambios necesarios, la *Pequeña Antología* dejó de ser *Pequeña* y reaparece una vez más, ahora, simplemente, como *Antología de Moquegua*, gracias a la generosidad, lo repetimos, de la Fundación Manuel J. Bustamante de la Fuente.

Miraflores, setiembre, 2014.

Ismael Pinto Vargas
Academia Peruana de la Lengua

EXPLICACIÓN

El objeto de esta Antología es rendir homenaje a una ciudad, a un pueblo: Moquegua. Ciudad que la geografía sitúa entre los X y los Y grados. Cuyo nombre significa *lugar húmedo*, en aymara. Y, en quechua *sitio o lugar silencioso*, también *campo de maíz*, o el grito de ¡silencio! Admirativo.

Ciudad y pueblo, cuerpo y alma, donde la tierra es dulce y generosa, como los frutos de sus sarmentosas vides; donde el viento acaricia recuerdos y susurra melodías bajo un cielo sereno y siempre azul.

¡Moquegua! La de dulces recuerdos, creyente y enamorada de su pasado. La de amargos desengaños, la de un pasado glorioso, y la de un presente que espera días mejores, siempre sonreída a la esperanza. Tierra de guerreros y políticos, de poesía y misticismo, tierra de ironía zumbona que, a veces, no resiste la tentación de reírse de sí misma.

Todo lo escrito sobre esta tierra se encontraba disperso –aún lo está– y perdido en crónicas inhallables, libros de viajeros, relatos, artículos y crónicas periodísticas, revistas de limitada difusión, y en alguna que otra obra inédita. Sin contar ni tomar en cuenta publicaciones que serían joyas bibliográficas, de las que tan solo queda el nombre.

Las páginas que siguen, las mejores que se han escritos sobre Moquegua, son la consecuencia del trabajo del primer año de la doctoral de Historia, realizado el año 1959, en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos: *Documentos y fichas para una historia de Moquegua*, investigación realizada en gran parte en la biblioteca del Maestro Raúl Porras Barrenechea, y bajo la amical asesoría de Pablo Macera. La recopilación también es el fruto de haber hurgado y revuelto libros y papeles en bibliotecas y archivos; no obstante, consideramos que el trabajo no ha sido infecundo del todo, pero tampoco completo, pues queda mucho por investigar y recopilar.

Para hacer la selección de estas páginas nos hemos validos de las palabras de A. J. Toynbee –*Estudio de la Historia*– que nos dice que quien lee la *Iliada* y la *Odisea* como historia encuentra la leyenda; y, quien busca en ellas la leyenda, encuentra la historia.

En fin, cada relato, cada artículo, cada relación ampliada y profundizada daría, sin exagerar, un libro. Nos dice Jorge Luis Borges que es: *desvarío laborioso y empobrecedor el de componer vastos libros y de explayar en quinientas páginas una idea cuya perfecta exposición oral cabe en un minuto.*

No obstante todo lo dicho y las salvedades anotadas, esta Antología no está completa. Es el libro que se podría escribir mañana. Es solamente, con las palabras del maestro, la insinuación de un libro.

La antología de ayer ha sido, pues, generosamente remozada con algunas galas nuevas y necesarias. No obstante, el tiempo no pasa en vano y la dinámica de las ciudades y los terremotos cambia la geografía urbana y, también, usos y costumbres. Y las personas, como los sucesos acaecidos ayer, convertidos en emblemas, permanecen alejándose lentamente de la memoria colectiva. No obstante las adiciones que hemos introducido, nuestra Antología sigue siendo un canto y un férvido homenaje a una ciudad: a Moquegua, a mi ciudad, a mi pueblo, a mis mayores.

PAISAJE

En el Perú la ciudad es casi desconocida por los indios que viven en franca amistad con la naturaleza. Pocos son los centros urbanos que podemos mencionar en épocas anteriores a la llegada de los conquistadores. Casi todos ellos: Chan–Chan, Pachacamac en la Costa; Cuzco y antes quizá Chavín, Huari y Tiahuanaco, en la sierra, aparecen para satisfacer los goces suntuarios de la corte o como centros ceremoniales religiosos. Como la ciudad medieval europea, esta ciudad indígena de adobe o piedra, tiene las callejuelas estrechas, rodeando al palacio del curaca y las pirámides truncadas o el templo del ídolo lugareño. Los españoles traen a las Indias en el siglo XVI –según lo ha demostrado Raúl Porras– el afán de racionalidad y orden del Renacimiento. Aunque nacidos muchos de ellos en las villas señoriales, amenazadas por la sombra del castillo feudal, prefieren las lecciones del *castrum romano*, con su regularizado plano de rectángulos y las avenidas anchas cortadas en cruz.

La ciudad peruana cualquiera que sea su antecedente indígena, como todas las demás de América, esta señalada desde su nacimiento por este afán de orden, que la vida íntima se encarga de desmentir todos los días. Algunas pocas veces, como el Cuzco, Cajamarca o Trujillo nacen en el lugar o vecindad de las antiguas habitaciones indígenas. Pero muchas de ellas solo recogen del inmediato pasado al clima y a la tierra. Este es el caso de Moquegua, donde no hubo más indígenas que las tribus feroces mencionadas por los cronistas. Ni fue frontera contra las últimas rebeldías incaicas, como Huamanga, ni puerta de salida hacia El Dorado. Moquegua tampoco tuvo en sus principios la protección efímera y alucinante de las minas. Moquegua es una ciudad nacida del campo y del mar, de la vid y el olivo, del contrabando y el comercio; de la necesidad de ciudades intermedias entre la costa y la sierra y de la terquedad de un puñado de españoles: familias que señoreaban desde sus casonas haciendas del valle, que necesitan un lugar donde socializar, disipar su monotonía y aislamiento diarios, y, también, mostrar sus fastuosos bienes provincianos.

Así surge Santa Catalina de los Temblores –Moquegua 15....– como un pueblo rival al ya existente San Sebastián de Escapagua. Aquel, como

prolongación del valle en uno de los muchos zig-zag que este hace y queriendo escalar las quebradas laderas de los cerros que la limitan. Este, se alzaba en las alturas de la llamada, luego, La Villa Vieja, en un gran descampado, cual un pequeño islote castigado por el viento, con algunos focos de verdor rodeando aisladas casas huertas. Corriendo entre ambas, como un límite inconstante el río Tambapalla o Nombre de Dios. “Historia es el largo y ruidos pleito” –así lo llama nuestro primer historiador, el padre José Antonio Montenegro y Ubalde– que se suscitó entre ambos pueblos el querer tener primacías y gozar de prerrogativas. Don Diego Fernández de Córdova, Marqués de Guadalcazar y Virrey del Perú, le otorgó sus merecimientos al primero, y a algunos de sus familiares y allegados (que habían venido a estas tierras a dorar sus descoloridos blasones), establecidos en él. Y la desde entonces Villa de Santa Catalina de los Temblores, fue la Villa de Santa Catalina de Guadalcazar –1625–, hoy solo Moquegua, ciudad creyente en lo eternal de todo lo precedero.

Así nace una pequeña ciudad que no suscitó la curiosidad de cronistas ni historiadores. Una ciudad con un cuerpo urbano y un espíritu muy peculiares, que en un determinado momento marcaría su paso a través del tiempo y de la historia. Se erigieron grandes casonas de soleados patios, con puertas guarnecidas por cabezas de grandes clavos, ventanas con arabescos terminadas en severa cruz –para alejar al maligno–. En las piedras de sus severos portales se graban monogramas y escudos mientras techos de mojinete –una v invertida: techos de dos aguas– se elevan dando una muestra de tristeza y alegría íntima a la ciudad. Surgen templos: La Matriz, Santo Domingo, San Francisco; y capillas: San Juan, San Bernabé, Belén; Y conventos: de los dominicos, de los jesuitas, de los franciscanos. Más casas y calles quebradas mientras una academia de literatos daba la nota estética.

Y Moquegua se vuelve una ciudad altiva y orgullosa. Su intenso comercio de vinos y aguardientes “abastecía a todas las Provincias de la Sierra”. En sus no lejanas playas: Ilo, lo que habían sido algunas chozas de palúdicos indios, se convirtió en atractivo lugar donde pasaban los meses de verano las “personas pudientes” a la vez que era activo y fructífero lugar de reunión de contrabandistas franceses que invadían de finas mercaderías el virreinato de Buenos Aires a Lima. Atracaban también, en el pequeño puerto, grandes galeones ingleses, y la gente dejándose llevar por el atractivo y buen gusto “tanto los hombres como las mujeres visten a imitación de los ingleses”, mientras en el pequeño y encajonado valle los olivos se multiplicaban contrastando con la aridez del paisaje. Es la Edad de Oro de la ciudad, su auge y esplendor presagiaban una duradera prosperidad, siempre en aumento, y, con esto, un porvenir maravilloso. Mas el curso de la historia es variable y enigmático y hace que culturas y ciudades florecientes caigan en el olvido o desaparezcan y se levanten de la nada otras. Moquegua no fue una excepción en el constante juego de esta inconstante.

Su productivo comercio de aguardiente decae en forma alarmante, al producirse y exportarse estos a precios más bajos, como una consecuencia del cultivo de la caña de azúcar. Luego de declarada la libertad de comercio, los contrabandistas y aventureros se esfuman tan rápidamente como habían aparecido. Los temblores y los terremotos –una prerrogativa de la ciudad– se dejan sentir una vez más. Después de ello, algunas inundaciones, ese panorama prometedor de días mejores, quedó atrás, triste y desolador.

No repuesta aun de estos desafortunados acontecimientos, la ciudad se ve envuelta en los sucesos finales de la gesta emancipadora y es escenario de las correrías de Miller, del fusilamiento de Landa en “El Huaico”; de la desastrosa Campaña de Intermedios: de los ruidosos descalabros de don Rudecindo Alvarado, los triunfos de Valdez y Canterac y la vergonzosa Campaña del talón de Santa Cruz, como reza la burlona cuarteta: *Cogresito, ¿cómo estamos / con el tris tras de Moquegua? / De aquí a Lima hay una legua / ¿Te vas ¿ Te vienes? ¿Nos vamos.* Moquegua presta su ayuda generosa a los unos, por la fuerza –ante el toque de degüello y saqueo– a los otros.

El tiempo continúa su marcha inalterable renovando generaciones y sumiendo en dulce olvido el pasado. Esta vez es el Soldado de la Ley: Nieto, y su compañero de correrías: Castilla; y, luego el sacristán revolucionario: Piérola con las hoy legendarias algaradas ciudadinas y sus montoneras insurgentes. El escenario es el mismo son solo los protagonistas los que han cambiado. Y, en medio de este torbellino de pequeñas luchas y pasiones internas nos damos con la amarga sorpresa de 1879. Con la guerra con Chile, un equilibrio –desequilibrio– conservado con gran esfuerzo se vino por los suelos: haciendas y sementeras destruidas, bodegas y vasijas saqueadas e inservibles, agregado a esto los cupos, en “que no se qué diablos tenía la balanza chilena, que cuando lo echaban kilos apuntaba libras, y cuando recibía libras señalaba onzas; por donde nunca se llegó a marcar la suma requerida, aunque estaba colmada con creces”. Este fue el fin y el principio de una nueva era. La ciudad herida se encerró en sí misma; se sumió en un sueño silencioso y triste añorando su no lejano pasado y confiando en un porvenir mejor.

Al llegar aquí alguien dirá: ¡pero no se ha dicho nada de Nieto, de Mercedes Cabello, ni de Urquieta; siempre tan a la mano para salir de apuros cuando se tienen que referir a Moquegua. Y del ineludible José Carlos Mariátegui, que es el aporte de la pequeña ciudad tanto a la política nacional cuanto internacional. Ellos son proyecciones de alma de la ciudad, de Moquegua. La guerrera, la estético cultural y la política, incluyendo a Santa Fortunata, que es la religiosa, con que la ciudad contribuye a la historia patria y a la suya propia.

Las ciudades, algunas, necesitan que las definan y les encuentren “ese algo” –alma– que las caracteriza; otras se definen y se dan solas. Y son estas calles estrechas y quebradas, casas y casonas, templos y recuerdos y ruinas las que le dan alma a esta pequeña ciudad: Moquegua. Algunos matices habrán decolorado con el tiempo, otros habrán ganado en luz y color, mas el paisaje, el cuadro es el original. He ahí su valor, su belleza, he ahí su poesía.

FUNDACIÓN INCA

LOS PUEBLOS DE CUCHUNA Y MOQUEHUA

POR

GARCILASO INCA DE LA VEGA

(1539 – 1616)

Los Comentarios Reales de los Incas, de Garcilaso Inca de la Vega, es nuestro libro augural. Es nuestra consciencia y es nuestro arquetipo. En sus páginas ya está configurado el Perú: lo que fuimos y lo que somos, como país, como nación. Empezamos esta Antología transcribiendo el Capítulo IV cuyo título encabeza esta página y donde se dan noticias del pasado preincaico de Moquegua y de quienes la poblaron; información hoy corroborada y certificada por los valiosos trabajos de arqueología, antropología e etnohistoria.

En nuestra primera versión de esta Pequeña Antología transcribimos sin modificar el lenguaje del texto de la primera edición de los Comentarios Reales..., hemos preferido ahora actualizarlo para evitar cualquier equívoco

Redúcense tres provincias, conquístanse otras, llevan colonias, castigan a los que usan veneno.-

Esta fábula y el auto de piedad y clemencia del Príncipe se divulgó por las naciones comarcanas de Hatunpacassa, donde pasó el hecho; y causó tanta admiración y asombro, y por otra parte tanta afición, que voluntariamente se redujeron muchos pueblos y vinieron a dar obediencia al Inca Maita Capac, y le adoraron como a hijo del sol; y entre otras naciones que le dieron obediencia fueron tres provincias de gente belicosa llamadas Cauquicura, Mallama y Huarina, donde fue la sangrienta batalla de Gonzalo Pizarro y Diego Centeno. El Inca, habiendo hecho mercedes y favores, así a los rendidos como a los que vinieron de su grado, volvió a pasar el Desaguadero hacia la parte del Cuzco, y desde Hatun Colla envió el ejército con los cuatro maeses de campo al poniente de donde estaba y les mandó que pasando el despoblado que llaman Hatunpuna, hasta cuyas faldas dejó ganado el Inca Lloque Yupanqui redujese a su servicio las naciones que se hallase a la otra parte del despoblado, a las vertientes del Mar del Sur. Mandóles que en ninguna manera llegase

al rompimiento de batalla con los enemigos; y que si se hallasen algunos tan duros y pertinaces que no quisiese reducirse sino por la fuerza de las armas, los dejasen, que más perdían los bárbaros, que ganaban los Incas.

Con esta orden y mucha provisión de bastimento, que les iban llevando día en días, caminaron los capitanes y pasaron la Cordillera Nevada con algún trabajo, a causa de no haber camino abierto y por tener aquella banda treinta leguas de travesía de despoblado; llegaron a una provincia llamada Cuchuna, de población suelta y derramada, aunque de mucha gente. Los naturales, con la nueva del nuevo ejército, hicieron un fuerte, donde se metieron con sus mujeres e hijos. Los incas los cercaron, y por guardar el orden de su Rey no quisieron combatir el fuerte, que era harto flaco; ofreciéronles los partidos de paz y amistad; los enemigos no quisieron recibir ninguno.

En esta porfía estuvieron los unos y los otros más de cincuenta días, en los cuales se ofrecieron muchas ocasiones en que los Incas pudieron hacer mucho daño a los contrarios, mas por guardar su antigua costumbre y el orden particular del Inca, no quisieron pelear con ellos, mas de apretarles con el cerco. Por otra parte, les apretaba el hambre, enemiga cruel de gente cercada, y fue grande, a causa que por la repentina venida de los Incas, no habían hecho bastante provisión, ni entendieron que porfiaran tanto en el cerco. sino que se fueran, viéndolos pertinaces. La gente mayor, hombres y mujeres, sufrían el hambre con buen ánimo, mas los muchachos y niños, no pudiendo sufrirla, se iban por los campos a buscar yerbas, y muchos se iban a los enemigos, y los padres lo consentían por no verlos morir delante de sí. Los Incas los recogían y les daban de comer y algo que llevasen a sus padres; y con la poca comida que les enviaban los partidos acostumbrados de paz y amistad. Todo lo cual visto, por los contrarios, y que no esperaban socorro, acordaron entregarse sin partido alguno, pareciéndoles que los que habían sido tan clementes y piadosos cuando ellos eran rebeldes y contrarios, lo serían mucho más cuando los viesen rendidos y humillados. Así se rindieron a la voluntad de los Incas, los cuales los recibieron con afabilidad, sin mostrar enojo ni reprenderles de la pertinacia pasada; antes les hicieron amistad y les dieron de comer, y les desengañaron diciéndoles que el Inca, hijo del Sol, no procuraba ganar tierras para tiranizarlas, sino para hacer bien a sus moradores, como se lo mandaba su padre el Sol. Y para que lo viesen por experiencia, dieron ropa de vestir y otras dádivas a los principales, diciéndoles que el Inca les había aquellas mercedes; a la gente común dieron bastimento para que se fuese a sus casas, con que todos quedaron muy contentos.

Los capitanes Incas avisaron que todo lo que había sucedido en la conquista, y pidieron gente para poblar dos pueblos en aquella provincia, porque les pareció tierra fértil y capaz de mucha más gente de la que tenía, y que convenía dejar allí presidio para asegurar lo ganado y cualquier otra cosa que adelante sucediese. El Inca les envió la gente que pidieron, con sus mujeres e hijos, de los cuales poblaron dos pueblos, el uno al pie de la sierra donde



Cerro Baúl, huaca poderosa del Sur.

los naturales habían hecho el fuerte; llamáronle Cuchuna, que era el nombre de la misma sierra: al otro llamaron Moquehua. Dista el un pueblo del otro cinco leguas, y hoy se llaman aquellas dos provincias de los nombres destes pueblos, y son de la jurisdicción de Collasuyu. Entendiendo los capitanes en fundar los pueblos y dar la traza y orden acostumbrada en la doctrina y gobierno dellos, alcanzaron a saber que entre aquellos indios había algunos que usaban de veneno contra sus enemigos, no tanto para matarlos, quanto para traerlos afeados y lastimados en su cuerpo y rostro. Era un veneno blando que no morían con él sino los de flaca complexión; empero los que la tenían robusta vivían, pero con gran pena, porque quedaban inhabilitados de los sentidos y de sus miembros, y atontados de su juicio, y afeados de sus rostros y cuerpos. Quedaban feísimos, alvarazados, aoverados de prieto y blanco; en suma quedaban destruidos interior y exteriormente, y todo el linaje vivía con mucha lástima de verlos así. De lo cual holgaban más los del tósigo, por verlos penar, que no de matarlos luego.

Los capitanes, sabida esta maldad, dieron cuenta della al Inca, el cual les envió a mandar quemasen vivos todos los que se hallasen haber usado aquella crueldad e hicise[n] de manera que no quedase memoria dellos. Fue tan agradable este mandato del Rey a los naturales de aquellas provincias, que ellos mismos hicieron la pesquisa y ejecutaron la sentencia; quemaron vivos los delincuentes y todo cuanto tenían en sus casas, las cuales derribaron y sembraron de cascajo piedra, como a cosa de gente maldita; quemaron sus ganados y destruyeron sus heredades, hasta arrancar los árboles que habían plantado: mandaron que jamás les diesen a nadie sino que quedasen desiertas, porque no heredasen con ellas la maldad de los primeros dueños. La severidad del castigo causó tanto miedo en los naturales que, como ellos lo certifican, nunca más se usó de aquella maldad en tiempo de los Reyes Incas, hasta que los españoles ganaron la tierra. Ejecutado, pues el castigo y asentada la población de los trasplantados y el gobiernos de los conquistados, se volvieron los capitanes al Cuzco a dar cuenta de lo que habían hecho; fueron muy bien recibidos y gratificados de su Rey

LA PROVINCIA DE COCHUNA
POR
JORGE JUAN Y ANTONIO ULLOA

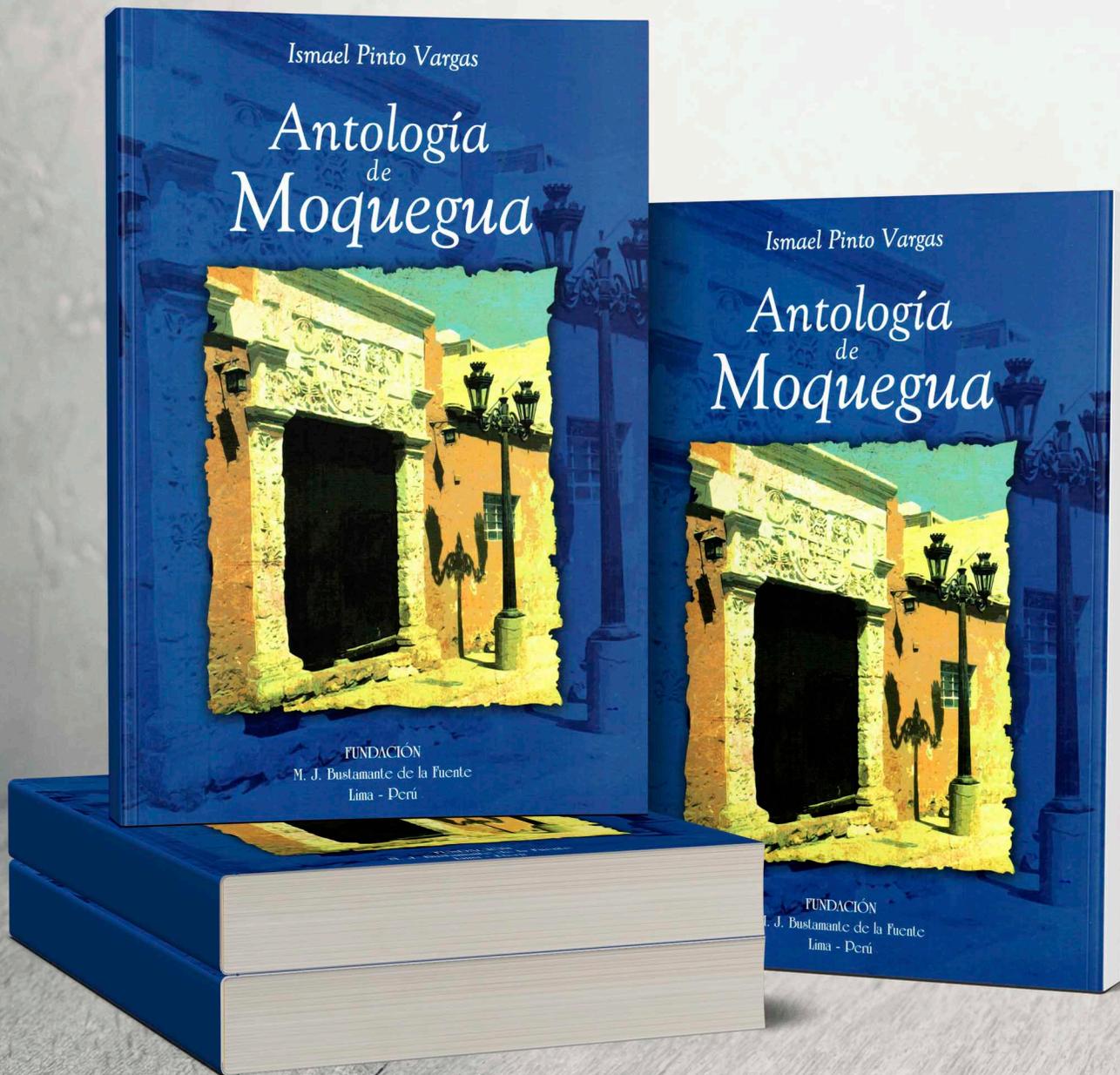
Oficiales de la marina española, que vinieron por mandato del Rey Felipe V junto a la expedición del francés Carlos de la Condamine. Resultado de ese viaje fueron sus Noticias secretas y su Relación histórica del viaje a la América Meridional, publicado en Madrid el año de 1748, de donde hemos tomado las páginas que transcribimos. De este libro se sirvió Montenegro y Ulbalde para su Noticia, en lo que se refiere al pasado incaico de Moquegua. Ellos a su vez utilizaron tanto datos de los cronistas cuanto los de sus propias observaciones.

Mayta Capac determinó pasar adelante con su conquista, pero los naturales de Cacyaviri no queriendo recibirle por Señor, fabricaron un fuerte en lo alto de un mediano cerro que tenían en su comarca, al cual por señorear en un país muy llano, veneraban como a Dios, y ocurrieron a favorecerse en él para que los defendiese del conquistador, mas este les puso cerco, y obligó para que se le rindiesen; recibiolos con benignidad, y les aseguró su buen ánimo, dándoles varias muestras de él, y entre ellas la de que los Curacas le saludasen con la Paz en la rodilla derecha, ceremonia de grande honor entre los Incas, y de suma estimación para los vasallos; porque los Reyes eran tenidos como personas sagradas, y no era lícito tocarlas, y al hacerlo se reputaba como el mayor sacrilegio, a menos que no fuesen los de Sangre Real, o aquellos a quienes el mismo Inca distribuía este distintivo. Con el ejemplar de lo sucedido a los de Cacyaviri se le entregaron las Tres Provincias de Cauquicura, Mallma y Huarina no obstante ser muy grandes, y tener muy belicosos habitantes, practicando lo mismo como otros pueblos, por donde pasó.

Desde aquellas Provincias envió el Ejército con sus oficiales Generales, para que se adelantasen las conquistas por la Parte de Occidente, y lo consiguió sin oposición llevándolas hasta los confines del Mar de Sur. La Provincia de Cochuna, que está al Occidente de la Cordillera, hizo alguna resistencia, pero tuvieron que rendirse sus habitantes hostigados por el hambre, y allí fabricaron los Incas dos Poblaciones: la una la llamo Cochuna conservando

el nombre que había tenido el fuerte, por estar fabricada en el mismo sitio, y la otra Moquehua.

Estaba muy al uso entre los Cochunas el valerse de una especie de veneno, con el que tomaban venganza los que estaban dados a esta perversa costumbre de aquellos de quienes se sentían agraviados; su efecto era desfigurar el sujeto totalmente, enflaquecerlo, afearlo y tenerlo penando el resto de sus días de la vida, y aun quitar esta a los que cogía con debilidad. El Inca influido de esta maldad mandó quemar vivos a los que pudiesen averiguar manejando de esta perversa vengativa crueldad, de cuya justicia recibieron grande alborozo los mismos Cochunas corriendo a delatar a los cómplices y ejecutar en ellos la sentencia: el castigo se extendió a casas, ganados, mieses, árboles y cuanto pertenecía a los malecheros, de cuyos sitios no quisieron los demás Indios volver a servirse en adelante, y así quedó extinguido totalmente el malvado uso deste Tósigo



OFERTA
S/. 81
LIBRO IMPRESO



**ENTREGA A DOMICILIO
O LUGARES CÉNTRICOS**

PEDIDOS:

993 258 125

944 787 051

info@acuedi.org